

IV PLAN DIOCESANO DE PASTORAL

PRESENTACIÓN

LA IGLESIA DIOCESANA EN LA AURORA DEL TERCER MILENIO

1. Iglesia de Guadalajara, “¡Duc in altum!: ¡Rema mar adentro!”...1 Al ofrecer a nuestra Arquidiócesis este IV Plan Diocesano de Pastoral: 2001-2004, difícilmente podríamos encontrar mejor expresión que ésta, tan insistentemente adoptada por el Papa Juan Pablo II en su magisterio de Pastor universal, en los meses siguientes al Año Jubilar, al término del cual tuvo a bien regalarnos su Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*.2

2. Por eso, y en sintonía con el Santo Padre, deseo que resuenen también hoy para cada uno de nosotros, pastores y fieles de esta querida Iglesia de Guadalajara, estas palabras evangélicas que nos invitan a “recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro”.3

Recordar con gratitud el pasado,
la herencia del gran Jubileo

3. Hemos vivido con gran entusiasmo el itinerario jubilar ideado y puesto en marcha desde 1994 por nuestro Santo Padre Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*.4 Un programa que nos invitaba a volver a lo fundamental de nuestra vida cristiana y que fue lealmente aceptado –en espíritu y contenido– por nuestra Iglesia, como parte medular de su camino pastoral, en especial a lo largo de estos últimos cuatro años (1996-2000).

4. Con humilde y gozosa satisfacción, se puede afirmar que, en general, durante el Año Santo, nuestro pueblo ha querido abrir de par en par las puertas al Redentor. Siento que la mayoría de nosotros hemos intentado de muchas maneras la renovación de nuestras vidas y la sincera conversión del corazón. Por eso deseamos mantener en nuestra memoria los momentos más significativos vividos dentro de los eventos del nutrido calendario jubilar. Hemos de agradecer al Dador de todo bien las incontables gracias y los innumerables beneficios espirituales que se ha dignado derramar sobre nuestras personas, sobre nuestras familias, nuestras comunidades y nuestra sociedad, a lo largo de este excepcional Año de Gracia y de Reconciliación.

5. Sería imposible enumerar todos los beneficios y dones espirituales que el Señor ha concedido a nuestra Comunidad Diocesana durante este tiempo, sobre todo desde que el día 25 de diciembre de 1999 se abrió para nosotros la Puerta Santa de la misericordia y el perdón, por medio de la indulgencia jubilar. Creemos que sería incluso temerario querer reducir todo lo vivido, todo lo experimentado en estos meses a un simple elenco elaborado con nuestros pobres criterios humanos. Sin embargo, entre las muchas gracias y frutos que la celebración de este Jubileo nos ha dejado hemos de enumerar, al menos los siguientes:

6. La preocupación de parte de nuestra Iglesia local por vivir a fondo el Jubileo en todas sus etapas, no como un acontecimiento aislado, sino más bien como un proceso integral de maduración en la vivencia eclesial, concretizado en nuestro III Plan Diocesano de Pastoral 1996-20005 y en la aplicación permanente de nuestro II Sínodo Diocesano.6.

7. La confesión abierta y gozosa de nuestra experiencia cristiana, centrada en el designio amoroso y providente de Dios, así como en una más explícita vivencia de la glorificación del Dios Uno y Trino. La búsqueda de un encuentro real con nuestro Señor Jesucristo, camino de conversión, comunión, solidaridad y misión,⁷ a fin de hacernos testigos creíbles de su mensaje de salvación en medio del mundo y entusiastas difusores de la Nueva Evangelización.

8. La profundización en la importancia de la Encarnación y de la Redención de Cristo, manifestada en la apertura a la Palabra de Dios, en el mayor acercamiento a las prácticas sacramentales, en el crecimiento en la vida de oración y en la voluntad de ser coherentes con los principios morales que brotan de nuestra vocación cristiana. La más atenta respuesta a la acción del Espíritu Santo que nos llama a renovar nuestras vidas, en especial a través de los Sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía.

9. El crecimiento en la valoración de la Eucaristía como «Fuente y Cumbre»⁸ de la vida cristiana, sobre todo en las celebraciones dominicales en las comunidades parroquiales, lo mismo que un mayor aprecio de la devoción, de los espacios y de los movimientos eucarísticos, gracias a la activa participación en la celebración del Congreso Eucarístico en sus distintos niveles, verdadero «corazón del Año Jubilar»⁹

10. El aprecio de las múltiples manifestaciones ligadas a la experiencia de la peregrinación, que ha dejado como fruto la maduración de las prácticas de religiosidad popular, mucho más relacionadas con el misterio de Cristo y de su Iglesia, y expresadas en forma sencilla en la devoción más entrañable a la Santísima Virgen María, a los Santos como modelos e intercesores y a nuestros recién canonizados Mártires, el mejor fruto de nuestra tierra.

11. El fortalecimiento en el pueblo de Dios de la conciencia de su pertenencia a la Iglesia, de la necesidad de seguir creciendo en su identidad como miembros del único Cuerpo de Cristo y en la urgencia de proyectar los valores del Evangelio en el mundo, como cristianos responsables y como ciudadanos comprometidos. El redescubrimiento de la riqueza contenida en los documentos del Concilio Vaticano II y su proyección en la transformación de las realidades temporales animadas por la fuerza del Evangelio y expresadas en la Doctrina Social de la Iglesia, de la que los fieles laicos han de ser decididos protagonistas.

12. El mayor entusiasmo de los ministros ordenados y de los miembros de la vida consagrada en la entrega gozosa a su vocación, al constatar que sus esfuerzos apostólicos y su testimonio evangelizador han encontrado eco en la vida ordinaria de las comunidades y movimientos apostólicos. La experiencia más fuerte de acogida maternal que la Iglesia ofrece a todos los miembros de la sociedad, pero en especial a quienes sufren algún tipo de marginación y pobreza, y el cobrar conciencia de la estrecha relación que ha de existir entre la vivencia de la fe y su necesaria proyección en la vida, sobre todo por los frutos de caridad.

13. La purificación de la memoria a la luz de un análisis más sereno de la historia de nuestra Iglesia en los siglos pasados, desde que la cruz de Cristo vino a posarse en nuestras tierras y la capacidad de aprender aún de las infidelidades que suelen acompañar nuestra condición humana, y así responder con generosidad a lo que Dios espera de cada uno de nosotros. La aceptación de un sano pluralismo dentro de la indispensable unidad en la fe, que nos invita a un diálogo constructivo con quienes no comparten nuestros mismos valores y creencias.

14. Fruto muy notorio fue el redescubrimiento de la Iglesia Catedral como “Iglesia Madre” y “Corazón” de la Comunidad Diocesana, signo tangible de comunión con el Obispo, que en ella tiene su cátedra y que desde ella ejerce en forma más viva su magisterio de Pastor.

15. Por eso miramos al pasado, al Año 2000, con mucha gratitud. Hemos vivido un año intensamente jubilar, “había pensado en este Año Santo del dos mil como un momento importante desde el inicio de mi Pontificado(...) como una convocatoria providencial en la cual la Iglesia, treinta y cinco años después del Concilio Ecuménico Vaticano II, habría sido invitada a interrogarse sobre su renovación para asumir con nuevo ímpetu su misión evangelizadora”.¹⁰ La Celebración del Gran Jubileo ha sido para nuestra Iglesia de Guadalajara una privilegiada ocasión de fortalecer nuestra fe, animar nuestra esperanza y de activar la caridad.

Vivir con pasión el presente,
tres prioridades pastorales.

16. El Santo Padre ha trazado algunos “puntos de referencia” que la experiencia misma del Gran Jubileo ha vuelto a poner de relieve. Se trata, ante todo, de la invitación a la exigencia de la santidad y de la oración como finalidad de toda programación pastoral, en particular, de la oración litúrgica, como forma del encuentro vivo con Dios en Jesucristo y en su Espíritu; de la Eucaristía dominical como referente básico de la identidad eclesial del cristiano; del Sacramento de la Reconciliación, como lugar de la manifestación del corazón misericordioso de Dios para cada persona; del reconocimiento de la primacía de la gracia, como principio esencial de la visión cristiana de la vida; y de la escucha y el anuncio de la Palabra de Dios¹¹ como fuente y acicate de la Nueva Evangelización.

17. Es así como ha de entenderse lo que con tanta oportunidad y contundencia nos dice a este propósito el Santo Padre: “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir con Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz”.¹²

18. La elección estas directrices no es algo opcional. En el caminar de nuestra Iglesia Diocesana y de acuerdo con los tiempos y con las circunstancias históricas, es necesario concentrar y resumir todos los desafíos en prioridades pastorales especialmente sentidas en el aquí y ahora de nuestra Iglesia Local. Prioridades sustanciales, pues en un Plan no se puede poner todo ni volver siempre a lo mismo; unas prioridades que sean englobantes de otros muchos aspectos vitales de la vida social y eclesial para que –a partir de ellas– nos aboquemos a dar respuesta planificada a los retos que la coyuntura nos presenta para un determinado período: 2001-2004.

19. Teniendo, en cuenta todo esto y remitiendo especialmente a nuestros generosos agentes de pastoral –obispos, sacerdotes, religiosos y laicos– a lo que hemos vivido y aprendido en el proceso de más de veinte años de búsqueda de una acción pastoral orgánica y de conjunto en estos tiempos del postconcilio, sin que tengamos que descuidar ninguna de nuestras tareas fundamentales y estructuras básicas, sin que tengamos que poner menor atención a nuestros logros más consolidados, invito a todos mis hermanos y hermanas en la fe a centrar ahora nuestra atención en tres prioridades pastorales que surgen de desafíos concretos:

Conocer, amar, seguir y anunciar a Jesucristo hoy

20. ¿Cómo vivir y anunciar nuestra fe en Jesucristo en un mundo que cambia, en esta etapa de la humanidad tan marcada por el fenómeno de la “postmodernidad”?

La familia y la vida

21. ¿Cómo revalorizar esta célula fundamental de la Iglesia y de la sociedad frente a tantos retos que le pone la “cultura de la muerte” y de manera que resplandezca siempre como “santuario de la vida”?

La cultura de la solidaridad

22. ¿Cómo ofrecer a nuestra sociedad descristianizada el testimonio creíble de verdaderos discípulos del Señor y cómo saber “apostar por la caridad”¹³ ante una pobreza creciente, ante una injusticia y desigualdad generalizada?

23. Y todo esto, como fruto de la vivencia jubilar y como la más sólida y coherente preparación de nuestra Iglesia Diocesana a la celebración del 48° Congreso Eucarístico Internacional, a realizarse en nuestro País, y más precisamente en nuestra Ciudad de Guadalajara, del 10 al 17 de Octubre de 2004, con el lema: “La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio”. Y para responder a los retos planteados por este nuestro mundo sometido a tan radicales cambios y a tan grandes transformaciones culturales, será necesario reafirmar teórica y prácticamente la identidad de la Iglesia y de su misión, viviendo nuestro inseparable compromiso de evangelización y de promoción humana en la sociedad de nuestros días, viviendo de cerca la realidad de nuestro pueblo y siendo verdaderamente solidarios con él. Creemos que no podemos perder de vista en nuestro trabajo de cada día y en la puesta en práctica de las líneas fundamentales de este nuevo Plan de Pastoral esta dimensión misionera, como miembros de una Iglesia siempre llamada a ser “sacramento universal de salvación”.¹⁴ El encuentro con Jesucristo vivo, sobre todo presente en la Sagrada Eucaristía, será la mejor garantía de que estos retos se podrán convertir en oportunidades de maduración y crecimiento en los próximos años, dentro de la vida ordinaria de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad.

Abrirnos con confianza al futuro, vivir la “espiritualidad de comunión”

24. “¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo”.¹⁵ Abordamos el trabajo de llevar a la práctica las orientaciones de este IV Plan mirando al futuro. La misión que el Señor nos ha confiado no nos permite vacilaciones ni desmayos. “En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza”.¹⁶ Tras las celebraciones jubilares del año 2000, nos sentimos comprometidos de nuevo en la obra de la evangelización con renovado empeño. Nuestros tiempos no son fáciles. Pero no lo fueron más los tiempos pasados. El anuncio del Evangelio de Jesucristo es una obra grandiosa y sobrehumana que el mismo Dios nos ha confiado, sin mérito alguno de nuestra parte.

25. No olvidemos que la Iglesia y el Catolicismo de estas nuestras tierras gozan de una riquísima tradición espiritual, doctrinal y de testimonio evangélico, tantas veces hecho martirio, que se remonta a cinco siglos y que ha bañado de luz toda nuestra historia. Es esa luz la que alumbró el camino del futuro. No tenemos que inventar nada, pero lo tenemos que empeñar y arriesgar todo. Esta es la tarea que nos aguarda: la evangelización integral de la sociedad de nuestros días, que tantos signos da de su deseo de conocer y vivir el Evangelio, aún en su alejamiento, y que reclama todas nuestras energías.

26. Encontrar en los pobres una presencia especial del Señor, que prescribe a su Iglesia un amor preferencial por ellos. Trabajar por el respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural y afrontar, de acuerdo con la Doctrina Social de la Iglesia, los desafíos suscitados por el desequilibrio ecológico, los problemas de la paz y el menosprecio de los derechos fundamentales de tantas personas, es un compromiso ineludible que no podemos de ninguna manera soslayar. Acoger la variedad de vocaciones, entre las cuales destacan particularmente las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración. Y en todos estos campos son los laicos quienes se han de situar en primera línea, en virtud de su vocación bautismal.

27. Los testigos del amor de Cristo –nos dice el Papa– viven la espiritualidad de la comunión, “que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia” y que no se conforma con meras “máscaras de comunión”.¹⁷ Esta invitación es especialmente válida, para quienes como obispos, como sacerdotes, como religiosos o como fieles laicos en esta querida Iglesia particular, nos hemos involucrado más directamente –llenos de esperanza y de compromiso apostólico– en la programación pastoral de los próximos años.

28. Estamos decididos a no cejar en nuestro impulso apostólico y a continuar evangelizando con la serena certeza de que el Señor nos da el incremento cuando ponemos en Él nuestra confianza y no vacilamos ante la contrariedad y la persecución. A nosotros, como pastores y como fieles de esta Iglesia, tan favorecida por Dios con tantos dones, carismas y ministerios,¹⁸ nos corresponde ahora llevar a la práctica las orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de nuestras respectivas comunidades para que el programa bimilenario y siempre nuevo del Evangelio sea vida cada vez más pujante en nuestras situaciones concretas. Queremos acompañar de cerca el camino de nuestros hermanos, en particular de los que sufren y de los que no tienen voz, pues no olvidamos que el hombre, cada ser humano concreto, “es como el primer y fundamental camino de la Iglesia, trazado por Cristo mismo”.¹⁹

29. “¡Duc in altum!: ¡Rema mar adentro!”...²⁰ Esta invitación de nuestro Señor Jesucristo a sus Apóstoles desde la barca de Pedro en el lago de Genesaret, sigue conservando toda su riqueza y toda su actualidad para nosotros los que queremos seguir anunciando la Buena Nueva de Jesucristo, “el mismo ayer, hoy y siempre”,²¹ en los albores de un nuevo siglo y de un nuevo milenio. “Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, dejándose reconocer como a los discípulos de Emaús “al partir el pan”, nos encuentre vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: “¡Hemos visto al Señor!”.”²²

30. Por tanto, en el nombre del Padre, Señor y dador de vida, de su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador y con la fuerza del Espíritu Santo, PROMULGO este IV PLAN DIOCESANO DE PASTORAL y ordeno su vigencia en nuestra Arquidiócesis para el período 2001-2004.

31. Encomendamos nuestros anhelos personales, así como todos los esfuerzos apostólicos de nuestras comunidades, a la intercesión de Santa María, bajo la entrañable advocación de Nuestra Señora de Zapopan, evangelizadora primera de estas tierras y Patrona de nuestra Arquidiócesis, en cuyas manos de Madre ponemos el presente y el futuro de nuestra Iglesia y de toda la sociedad entera, en la que nos ha tocado vivir.

Guadalajara, Jalisco,
a los 15 días del mes de Agosto de 2001,
En la Solemnidad de Nuestra Señora de la Asunción
Titular de nuestra Iglesia Catedral.
+ JUAN CARD. SANDOVAL IÑÍGUEZ
Arzobispo de Guadalajara

CAPÍTULO I

CONTEMPEMOS A JESÚS, BUEN PASTOR Y SEÑOR DE LA IGLESIA

*“«Queremos ver a Jesús». Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este Año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». (...) Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro”.*²³

32. Han pasado dos mil años de la Encarnación Redentora de nuestro Señor Jesucristo –nos lo recuerda encarecidamente el Papa al término del Año Santo– y la proclamación que Jesús hizo de su misión salvadora ante sus atónitos conciudadanos de Nazaret, permanece hoy más viva que nunca para todos nosotros: “En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él”...²⁴ . Al aplicarse a sí mismo la profecía de Isaías: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”,²⁵ Jesús, el Hijo de Dios, se presentó a sí mismo como lleno del Espíritu Santo “ungido para anunciar a los pobres la buena nueva”.²⁶ Él es el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.²⁷

33. Es este el Rostro de Cristo que queremos contemplar al traspasar, llenos de esperanza y unidos a toda la comunidad de los creyentes, los umbrales del tercer milenio de la era cristiana. Del encuentro con este Jesús, el Enviado del Padre, “la Palabra de vida”,²⁸ queremos tomar fuerzas para poder seguir anunciándolo con renovado entusiasmo a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. De esta experiencia transformadora, y concientes de que hemos de ser continuadores de la misión de Cristo en un mundo tan lleno de cambios, esforcémonos –como familia de los hijos de Dios– por ser testigos del amor y promotores de solidaridad evangélica en una sociedad tan llena de desigualdades y contrastes. Empeñémonos a fondo en el seguimiento del Señor de la historia y “corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de nuestra fe”.²⁹

Jesús, el Buen Pastor

34. Jesús, el Buen Pastor, vivió y creció en Nazaret: Jesús nació pobre: “Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días... y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada”;³⁰ Jesús formó parte de una familia trabajadora: “¿No es éste el hijo del carpintero?... Y se escandalizaban a causa de él”.³¹ En Nazaret, viviendo la vida normal de un joven de su época, creció en sabiduría, en edad y gracia delante de Dios y de los hombres;³² tuvo amigos, se desempeñó en un oficio ordinario, conoció la historia y la religiosidad de sus contemporáneos; se interesó por los problemas de su gente, compartió y celebró con gran naturalidad la fe del pueblo de Israel.

Jesús, el Buen Pastor, manifiesta una conciencia clara de su misión

35. Al inicio de su vida pública Jesús es señalado por Juan en el Jordán al momento de su bautismo:³³ “entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es “mi Hijo amado”.³⁴ Es este pasaje del Jordán un momento trascendental en la tan esperada manifestación, es una de las “epifanías” de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de

Dios”.³⁵ Por parte de Jesús este acontecimiento es la aceptación de su misión de Siervo Doliente: siendo inocente se solidariza con los pecadores; acepta su muerte y se somete a la voluntad del Padre. A esta aceptación responde la voz del Padre que manifiesta sus complacencias en su Hijo.³⁶ Fue luego tentado en el desierto por satanás, que trata de poner a prueba su actitud filial hacia Dios;³⁷ tentado a una vida fácil, por la vanagloria y por el ansia de tener,³⁸ pero se mantuvo fiel a su misión.

Jesús, Buen Pastor, con su predicación infatigable, anuncia y realiza el Reino de Dios

36. Jesús en cuanto evangelizador anuncia ante todo un reino, el Reino de Dios y lo hace visible en su persona en su palabra y en su acción; a través de su predicación y de su ejemplo. Predicación que no admite comparación con ninguna otra.³⁹ Este Reino, como todo el designio salvífico de Dios, sólo se puede acoger desde la fe. Por eso el mismo Jesús invitó a “creer en la Buena Nueva”.⁴⁰ Sin la fe es imposible entender su anuncio. El Reino debe ser recibido por todo hombre como gracia y como signo de misericordia; pero a la vez debe ser alcanzarlo por quien lo acepta con generosa determinación: “El Reino de los cielos está en tensión y los esforzados lo arrebatan”.⁴¹

Los signos del advenimiento del Reino de Dios

37. La aceptación de este Reino anunciado y realizado por Jesús, del que luego su Iglesia será “germen y principio”,⁴² se manifiesta de muchas maneras, pero los signos más evidentes son sin duda:

38. La conversión: Todo esto se consigue mediante un cambio interior, que el Evangelio llama metanoia: una transformación profunda de la mente y el corazón,⁴³ un cambio de mentalidad que consiste en el esfuerzo por asimilar los valores evangélicos que, por eso mismo, se contraponen a las tendencias dominantes en el mundo de “la carne ni la sangre”.⁴⁴ Para lograr este cambio es necesario renovar constantemente el encuentro con Jesucristo vivo.⁴⁵

39. Los milagros: Jesús anunció el Reino a través de signos que provocan el asombro y atraen a las muchedumbres para verlo, escucharlo y dejarse transformar por Él. Curaciones,⁴⁶ muertos resucitados,⁴⁷ pan multiplicado⁴⁸ en el que se reconoce el anuncio profético de la Eucaristía. Signos que disponen a la escucha del mensaje evangélico, porque son signos de amor y de gracia, signos que confirman que en realidad Jesús es el Mesías esperado.⁴⁹

40. Los pobres son evangelizados: Todos los hombres están llamados a entrar a este Reino,⁵⁰ pero de modo especial Jesús se acerca a los pobres y a los pequeños,⁵¹ quienes a todas luces parecen ser los invitados de honor. Él invita a los pecadores a convertirse cambiando de vida y les manifiesta de modo sorprendente la misericordia del Padre.⁵² Y la prueba suprema de este amor sin límites será el sacrificio de su propia vida en remisión de los pecados.⁵³

Jesús, Buen Pastor y Divino Maestro, llama, forma y envía a sus discípulos

41. Los llama: Para llevar a cabo su misión de anunciar el Reino, Jesús llama a doce discípulos, a quienes nombró “apóstoles”⁵⁴ y a quienes convoca a una doble tarea: “para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar”.⁵⁵ La respuesta positiva y generosa a este llamado no siempre es fácil: implica dejar familia y profesión, renunciar a posesiones y patrimonio, exige disponibilidad absoluta para proclamar esta Buena Nueva.

42. Los forma: Después del llamado Jesús forma a sus apóstoles, los tiene cerca y vive con ellos, impartiendo de modo muy especial con su estilo de vida y con sus palabras, la enseñanza de salvación que luego ellos han de transmitir a los demás discípulos.⁵⁶ Pero sobre todo los enseña a orar: Jesús enseña a orar más que nada con su ejemplo;⁵⁷ los mismos apóstoles le piden que los enseñe a orar.⁵⁸ Jesús les enseña el “Padre Nuestro”, el modelo de toda oración, la oración perfecta que se centra en la expresión de la relación filial única entre el hijo y el Padre, relación en la que los creyentes participan en virtud de la filiación divina adoptiva que han recibido a través del bautismo.⁵⁹

43. Los envía: Jesús hace partícipes a los apóstoles de su misión y los envía a anunciar el Evangelio a todas las naciones,⁶⁰ con la finalidad de hacer discípulos de él a todos los pueblos.⁶¹ Misión en la que fueron después más decididamente confirmados con la efusión del Espíritu Santo a partir del gran evento de Pentecostés,⁶² a fin de ser testigos valientes y gozosos del Señor resucitado.⁶³

Jesús, el Buen Pastor, Cabeza de la Iglesia

44. Jesús, el Buen Pastor, es Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo.⁶⁴ Es Cabeza en un sentido nuevo y original del Siervo que da la vida;⁶⁵ servicio que llega a su plenitud en su muerte en la cruz.⁶⁶ “La autoridad de Cristo-Cabeza, coincide con su servicio, con su entrega total, humilde y amorosa a la Iglesia”.⁶⁷ El Buen Pastor ha prometido a su rebaño que estaría presente todos los días hasta el fin del mundo,⁶⁸ promesa que es para la Iglesia “secreto fecundo de su vida y fuente de su esperanza”.⁶⁹

45. Cristo está presente de muchas maneras en su Iglesia: por su Palabra, por la oración de la Iglesia, en los pobres, en los enfermos, en los presos;⁷⁰ también está presente en los Sacramentos, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero sobre todo bajo las especies eucarísticas.⁷¹ El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular y eminente. En ellas están contenidos verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre, junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y, por consiguiente, Cristo entero.⁷² Esta presencia sacramental del Buen Pastor es el lugar privilegiado del encuentro con él.⁷³

La Iglesia que nace de Jesús

46. Jesús es el rostro del Padre.⁷⁴ Él ha venido al mundo para manifestárnoslo, para hacernos visible y cercano al Dios invisible. La misión de la Iglesia es continuar la obra de Cristo, por lo tanto, la Iglesia es también y, a su manera, el rostro de Jesús. Ella debe reflejar en el espacio y en el tiempo la presencia viva de su Señor y del Espíritu Santo, que es su verdadera Alma.

47. El Concilio Vaticano II, hablando del misterio de la Iglesia, nos dice: “La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios», anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que Él venga”.⁷⁵ “Esta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos una, santa, católica y apostólica, la que nuestro Salvador entregó después de su resurrección a Pedro para que la apacentara,⁷⁶ confiándole a él y a los demás apóstoles su difusión y gobierno,⁷⁷ y la erigió para siempre como columna y fundamento de la verdad”.⁷⁸

Las notas de la Iglesia

48. Las cuatro notas de la Iglesia, inseparablemente unidas entre sí, indican rasgos esenciales de la misma Iglesia y su misión. Las recibe del mismo Cristo y es el mismo Señor quien la invita a realizarlas.⁷⁹

49. La Iglesia es Una: La unidad de la Iglesia fluye desde su origen, que se radica en la unidad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la Trinidad de personas. Es una por Cristo su fundador, ya que por su muerte hace de todos los hombres un solo pueblo y un solo cuerpo. Es una por el alma que la anima, el Espíritu Santo que es admirable principio de unidad.⁸⁰ La Iglesia es una no obstante la diversidad de dones de Dios: Un solo Pastor, un solo rebaño.⁸¹ La Eucaristía hace la Iglesia ya que siendo muchos todos comulgamos el Cuerpo del Señor.⁸² La Iglesia una, unificada por la fuerza del Espíritu, mediante el vínculo del amor, nos capacita para vivir intensamente en la unidad y la comunión.⁸³ La Iglesia ha de ir sanando las heridas contra la unidad,⁸⁴ para así reflejar el rostro de Dios uno, manifestado en Cristo.

50. La Iglesia es Santa: La fe confiesa que la Iglesia es Santa ya que Cristo la amó como su esposa y se entregó por ella para santificarla y la llenó de la presencia del Espíritu Santo, siendo constituida Pueblo Santo de Dios.⁸⁵ Abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, busca sin cesar la conversión y la renovación.⁸⁶

51. La Iglesia es Católica: En la Iglesia católica subsiste la plenitud del Cuerpo de Cristo unido a la cabeza. De él ha recibido la confesión de fe recta y completa, la vida sacramental íntegra y el ministerio ordenado en la sucesión apostólica. La Iglesia era Católica el día de Pentecostés y lo será hasta la parusía, hasta la consumación de los tiempos.⁸⁷ Todos los hombres están invitados a pertenecer al Pueblo de Dios. Esta catolicidad que distingue a la Iglesia es un don del mismo Señor. Gracias a este carácter la iglesia tiende a reunir a todos los hombres bajo Cristo en la unidad del Espíritu.⁸⁸ La Iglesia Católica es lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo vivo, Salvador universal, el único que da respuesta a los interrogantes fundamentales del ser humano y el único capaz de responder al sentido profundo de la vida.⁸⁹ Del encuentro con Jesucristo vivo brota la capacidad y el entusiasmo por anunciar a todos el amor de Dios y así hacer presente el Reino mediante una Evangelización Nueva.⁹⁰

52. La Iglesia es Apostólica: La Iglesia es apostólica porque está cimentada sobre los apóstoles, testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Señor Jesús. La Iglesia guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo, el depósito de la fe.⁹¹ La Iglesia sigue siendo enseñada, santificada y gobernada por los apóstoles hasta el glorioso retorno de Jesucristo, gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: los obispos, a los que asisten los presbíteros, íntimamente unidos al Sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia.⁹² La Iglesia es apostólica porque es enviada a llevar y continuar la misma misión de Jesucristo, siempre encabezada por los sucesores de los apóstoles. Esta misión, confiada por Cristo a “los Doce”, tiene que durar hasta el fin del mundo. Por eso los apóstoles se preocuparon por instituir sucesores, quienes por institución divina prolongan la acción de los apóstoles como pastores de la Iglesia.⁹³

Evangelizar, partiendo de Cristo

53. Comunicar el Evangelio es la tarea fundamental de la Iglesia, y a esta comunicación entusiasta le llamamos más comúnmente “Evangelización”. Así nos lo recordaba ya hace tiempo el Papa Pablo VI: La Evangelización es “la misión esencial de la Iglesia... Ella existe para evangelizar”.⁹⁴

54. El Papa Juan Pablo II –quien repetidamente nos ha llamado y nos sigue invitando a todos los cristianos a enrolarnos en la apasionante tarea de la “Nueva Evangelización”– en la ya mencionada Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* nos recuerda, a propósito del retorno a la pastoral ordinaria después de las intensas jornadas del Jubileo que, entre las prioridades de la programación pastoral –y por eso mismo en relación de alguna manera a las notas esenciales de la Iglesia–

tenemos que darle la prioridad a la santidad, tratando de poner siempre a Cristo en el centro de nuestras vidas y de nuestras preocupaciones apostólicas en el hoy de la Iglesia.⁹⁵

55. Por esta razón el Santo Padre ha trazado luminosamente algunos “puntos de referencia y orientación común” o “prioridades pastorales” que la experiencia misma del Gran Jubileo ha puesto de relieve. Se trata, ante todo, de la invitación y la exigencia de la santidad como finalidad de toda programación pastoral; de la oración, y, en particular, de la oración litúrgica, como forma del encuentro vivo con Dios en Jesucristo y su Espíritu; de la Eucaristía dominical como referente básico de la identidad eclesial del cristiano; del Sacramento de la Reconciliación, como lugar de la manifestación del corazón misericordioso de Dios para cada persona; del reconocimiento de la primacía de la gracia, como principio esencial de la visión cristiana de la vida; y de la escucha y el anuncio de la Palabra de Dios como fuente y acicate de la Nueva Evangelización.

56. Al desear consolidar en nuestras vidas y en nuestro caminar pastoral los frutos más valiosos del Año 2000 vale la pena que, antes que perdernos en infinidad de “líneas pastorales” para nuestro IV Plan de Pastoral, tomemos en cuenta de nuevo y con más detenimiento lo que el Papa nos indica como presupuesto de toda programación pastoral que quiera ser fructuosa:

57. La santidad: Nos recuerda, ante todo, la necesidad de orientar la pastoral cristiana hacia una experiencia de fe sólida, que haga florecer la santidad.⁹⁶ Esto es a lo que debe orientarse la pedagogía eclesial, proponiendo ideales elevados y no contentándose con una religiosidad mediocre. Hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral, llena de consecuencias.⁹⁷

58. La oración: En la oración, como Cristo nos la enseñó, tenemos el alma de la vida cristiana y una condición indispensable para una vida pastoral auténtica. El Espíritu Santo, a través de la oración, nos abre por Cristo a la contemplación del Padre. Esta dimensión trinitaria de la oración es, a la vez, fuente y cúlmen de la vida eclesial y personal, la cual abriéndonos al amor de Dios nos abre también al amor de los hermanos y nos hace capaces de construir la historia según Dios.⁹⁸

59. La Eucaristía dominical: Es necesario dar un realce particular a la Eucaristía dominical y al Domingo mismo como día del Señor, verdadera pascua semanal, para dar testimonio a cada generación de lo que constituye el centro de la historia: la muerte y la resurrección de Cristo.⁹⁹

60. El sacramento de la Reconciliación: A través del sacramento de la Reconciliación el cristiano arrepentido contempla en el rostro de Cristo su amor misericordioso. Para los pecados graves cometidos después del bautismo este es el camino ordinario para obtener el perdón.¹⁰⁰

61. La primacía de la gracia: En toda acción apostólica, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración –encuentro vivo con el Resucitado– significa respetar y valorar la primacía de la gracia, principio esencial de la visión cristiana de la vida. Aunque llamados a colaborar con la acción de Dios, sabemos sin embargo que los resultados efectivos no dependen sobre todo de nuestra inteligencia y de nuestra capacidad operativa, sino de la primacía de la vida interior y de la santidad.¹⁰¹

62. La escucha de la Palabra: El Concilio Vaticano II ha subrayado el papel preeminente de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital que permita descubrir en el texto bíblico la Palabra Santa que interpela, orienta y modela la existencia, privilegiando el acercamiento a la Biblia y la Lectio Divina.¹⁰²

La Eucaristía en el tiempo de la Iglesia

63. En la Eucaristía Jesús, el Buen Pastor, nos entrega su propia vida. En la última cena Jesús instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos el sacrificio de la cruz y a entregar a su Iglesia el memorial de su muerte y resurrección.¹⁰³ Con la Eucaristía Jesús quiso expresar el sentido de su muerte: se entrega totalmente para que nosotros tengamos vida;¹⁰⁴ se trata de la realización sacramental del misterio Pascual,¹⁰⁵ que hace presente a Cristo entre los suyos. “La eucaristía es el memorial de la pascua de Cristo, la actualización de la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo”.¹⁰⁶

64. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las mismas palabras de la institución: “cuerpo que se entrega” y “sangre que se derrama”.¹⁰⁷ El sacrificio de Cristo y el de la Eucaristía son un único sacrificio: la víctima es la misma, sólo difieren en el modo de ofrecerla.¹⁰⁸ “En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda y adquieren un valor nuevo”.¹⁰⁹

65. Eucaristía y familia: Por eso se suele decir que la Eucaristía “hace la Iglesia”, lo mismo que la Iglesia “hace la Eucaristía”,¹¹⁰ , en donde Cristo congrega a sus fieles en un solo cuerpo. Al participar del banquete eucarístico se renueva, se fortifica y se profundiza esta incorporación a la Iglesia que se inició en el bautismo.¹¹¹ La Iglesia se realiza cuando en unión fraterna celebra el sacrificio eucarístico y cuando comunitariamente se acerca al banquete del Señor;¹¹² es la misa dominical el lugar privilegiado para construir concretamente la Iglesia y tiene especial importancia la participación de la familia cristiana, pues en la Eucaristía manifiesta su identidad de “iglesia doméstica”, cuando los padres participan con sus hijos en la única mesa de la Palabra y del Pan de vida.¹¹³

66. Eucaristía y banquete fraterno: El aspecto comunitario de la Eucaristía se manifiesta en el carácter de banquete pascual que le es propio y en el cual Cristo mismo se hace alimento. Al mismo tiempo es importante que se tenga conciencia clara de la íntima vinculación entre la comunión con Cristo y la comunión con los hermanos. La asamblea eucarística es un acontecimiento de fraternidad, compromiso de amor mutuo que se asume al participar de este banquete.¹¹⁴ Al recibir el pan de vida los fieles se disponen a afrontar las tareas que les esperan en su vida ordinaria, conscientes de que están llamados a ser evangelizadores y testigos del Resucitado en su vida cotidiana.¹¹⁵

67. Eucaristía y solidaridad: De ahí que sea también muy necesario recordar continuamente los lazos existentes entre la Eucaristía y la caridad. La participación en ella debe llevarnos a una acción caritativa más intensa, como fruto de la gracia recibida en este sacramento.¹¹⁶ Para recibir en la verdad el cuerpo y la sangre de Cristo, debemos ser capaces de reconocer al mismo Señor en los más pobres, sus hermanos.¹¹⁷ La participación en la Eucaristía nos compromete a los que nos confesamos fieles a Jesucristo a toda clase de obras de caridad, a compartir fraternalmente con los más necesitados.¹¹⁸ La comunidad Cristiana tiene “el deber de hacer de la Eucaristía el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta, y los últimos sean los primeros por la consideración y el afecto de los hermanos”.¹¹⁹

Líneas de Acción Pastoral

1. Establecer Escuelas de Oración parroquiales, donde se promueva y se enseñe la Lectio Divina.
2. Promover la recepción frecuente y digna celebración del sacramento de la Reconciliación.
3. Motivar la conveniente preparación y realización del ministerio de la predicación, sobre todo la homilía.
4. Celebrar más y mejor el día del Señor. Una Eucaristía bien realizada, al mismo tiempo que se promueven otras acciones concretas que rescaten el sentido genuino del Domingo.
5. Promover el Culto a la Eucaristía durante el día y la noche, favoreciendo la consolidación y establecimiento de asociaciones que se dedican a este fin, en orden a preparar el 48° Congreso Eucarístico Internacional.
6. Fomentar la oración en los retiros de los sacerdotes, en particular la adoración ante el Santísimo Sacramento y la celebración del sacramento de la Reconciliación.
7. Promover la formación integral de los agentes de pastoral: humana, espiritual, doctrinal y en los métodos de apostolado.

CAPÍTULO II

ANUNCIAR EL EVANGELIO DE JESUCRISTO EN UN MUNDO QUE CAMBIO

68. Vivimos una realidad compleja, fruto de las tendencias y modos de proceder de los hombres de hoy, y es en esta situación real y concreta donde estamos llamados a encontrarnos vitalmente con nuestro Señor Jesucristo para conocerlo y amarlo, para seguirlo muy de cerca y así llegar a ser convencidos difusores de su Evangelio de salvación.¹²⁰

69. Es necesario, por tanto, percatarnos de las condiciones en las que nos ha tocado vivir, a fin de ser capaces de seguir proclamando nuestra fe en un mundo lleno de contrastes al que, por cierto, en los últimos tiempos se ha dado en clasificar como “postmoderno”. Un mundo al mismo tiempo orgulloso de grandes progresos y atribulado por enormes frustraciones, en el que –como consecuencia de otro fenómeno también complejo al que ha dado en llamarse globalización– lo mismo los logros que los problemas de unos repercuten en la vida de todos.

70. Es preciso, por tanto, ser conscientes de las dificultades y peligros a los que tiene que enfrentarse en nuestros días la fe cristiana, así como de las nuevas posibilidades que se le abren en esta transición tan propia de nuestra época.

La Fe en Jesucristo en un Mundo Secularizado

71. No es el caso de entretenernos en una definición académica de lo que entendemos por “modernidad” y “postmodernidad”; correríamos el riesgo de perdernos en un debate todavía en proceso. Lo que sí no podemos es pretender ignorar esta realidad y sus consecuencias para nuestra acción pastoral. Para nosotros puede ser suficiente la descripción que ha hecho de ella el Santo Padre Juan Pablo II en un Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria del Secretariado para los no creyentes.

72. En una apretada síntesis el Papa nos dice: El desafío más grave hoy proviene del secularismo tecnocrático, que se “manifiesta en la sociedad de consumo a través del hedonismo, el pragmatismo y la búsqueda de la eficiencia, sin respeto por las normas éticas, y desconociendo el carácter sagrado de la vida. Todo eso conduce con demasiada frecuencia al relativismo moral y a la indiferencia religiosa [...] muchas personas que viven como si Dios no existiera, y que no toman en consideración el problema “fe-incredulidad”, pues Dios ha desaparecido de su horizonte existencial. Por otra parte, un nuevo tipo de mentalidad neo-cientista se va abriendo camino, restringiendo la función de la razón a la sola racionalidad científica. En esta perspectiva reductora, el resto de la actividad humana no llegaría más allá del sentimiento. Así, el acto de fe no sería sino una opción gratuita, sin ninguna razonabilidad. Esta visión muy generalizada en los ambientes científicos, ha impregnado ampliamente la mentalidad popular por el influjo de los medios masivos de comunicación, tiende, sin embargo, a perder su seguridad, y por otra parte va creciendo el número de los que se han desilusionado del progreso tecnológico [...] Ante los interrogativos angustiantes que ponen en causa los postulados de la mentalidad científica y tecnológica se abren para la Iglesia nuevos espacios de diálogo con lo que ya algunos llaman la postmodernidad”.¹²¹

73. Por una parte, la postmodernidad es heredera de la modernidad y, por la otra, es una crisis de la modernidad misma a la que pensaba fácilmente desbancar dentro de este nuestro contexto tan frecuentemente ejemplarizado con la imagen de nuestro mundo como “aldea global”.

Herencia de la modernidad

74. Como heredera de la modernidad, la postmodernidad, en el aspecto cultural, está arraigada en el subjetivismo, la autonomía de la conciencia, el primado de la razón, el inmanentismo, la libertad absoluta, el progreso indefinido.

75. En el aspecto político, está arraigada en la democracia liberal, la distinción entre política y religión, la separación entre Estado e Iglesia, la reducción de la religión al ámbito privado, el primado de la ley e igualdad de derechos.

76. En el aspecto científico, está arraigada en la absoluta confianza en la “racionalidad científica” y luego en la capacidad de la ciencia y de la técnica de llevar a la humanidad a un nivel cada vez más alto de progreso y de bienestar material.

77. En el aspecto social, hunde sus raíces en la movilidad y cambio continuo, en la incesante superación y renovación de los modelos anteriores, en la cultura de masas mediante la difusión capilar y gigantesca de los medios de comunicación social (primero la prensa diaria y la periódica, luego el radio, el cine y la televisión, recientemente la Internet); en la disolución de la familia patriarcal y reducción de la fecundidad, en el paso de la civilización campesina, rural, a la civilización industrial, urbana.

Crisis de la modernidad

78. Como crisis de la modernidad, la postmodernidad tiene raíces en la caída de la confianza en los grandes mitos de la modernidad que poco a poco se ha producido, en especial durante el pasado siglo XX. Por tanto:

79. Se ha debilitado la confianza en el progreso indefinido de la humanidad con el auxilio de la ciencia y de la técnica.

80. Ha fallado la confianza iluminística en la capacidad de la razón humana para eliminar progresivamente el mal de la historia.

81. Ha caído la idea de que el hombre, habiendo alcanzado la autonomía y la libertad, se habría servido de ellas para bien suyo y de los demás.

82. Han caído las grandes ideologías totalizantes, que anunciaban futuros luminosos para la humanidad y eran capaces de suscitar espíritu de sacrificio, compromisos de lucha y dedicación a la “causa” hasta la muerte.

83. Cayó, al mismo tiempo, la idea de que con la revolución, las situaciones podrían cambiar total y rápidamente, para mejorar.

Resultado: la postmodernidad

84. Fruto y consecuencia de todo esto, la postmodernidad conlleva una situación espiritual de confusión, de incerteza y de miedo respecto al futuro, que ya no aparece luminoso sino insidioso y oscuro:

85. Ha llevado a una especie de desconfianza en la razón humana, a la que se considera incapaz de alcanzar la verdad.

86. Ha conducido a la fragmentariedad de la verdad y al desmoronamiento de los valores, entre los que cada cual puede escoger las verdades y los valores que considera más convenientes a su situación subjetiva y más adaptados a su crecimiento y a su propio bienestar.

87. Ha conducido, en fin, a una situación de escepticismo intelectual y de nihilismo ético y, por eso, a concentrar todos los esfuerzos no para buscar la verdad ni para ennoblecerse con los valores, sino para buscar y alcanzar el mayor bienestar individual por el consumismo.

88. En el campo estrictamente moral, dada la desconfianza en la razón humana para conocer la verdad, se ha debilitado e incluso negado la dependencia de la libertad con respecto a la verdad. De esta posición de fondo, han surgido las tendencias culturales contemporáneas que atribuyen a cada individuo o a los grupos sociales la facultad de decidir sobre el bien y el mal.

89. Según eso, la libertad humana podría “crear los valores” y gozaría de una primacía sobre la verdad, hasta el punto que la verdad misma sería considerada una creación de la libertad; la cual reivindicaría tal grado de autonomía moral que prácticamente significaría una soberanía absoluta: una moral creada por el individuo o por el consenso de algunos grupos sociales, cuyas normas serían la expresión de una ley que el hombre se da autónomamente a sí mismo y que tiene su origen exclusivamente en la razón humana. Dios en modo alguno podría ser considerado Autor de esta ley.¹²²

90. Esta desmesurada exaltación de la libertad ha producido paradójicamente, con graves consecuencias para la vida personal y social, la confusión más desorientada, los comportamientos más aberrantes, la disolución más degradante, el sometimiento más subrepticio, pero no menos despiadado, a los intereses económicos y culturales de grupos ya condicionados por esos mismos intereses y comportamientos, y que propugnan, a muy altos niveles, la formación de la moral por consenso, proponiendo a éste como única base de las leyes, pero, a la vez, provocándolo y manipulándolo.

La fe en Jesucristo y los desafíos de nuestra época

91. Estamos, pues, viviendo un tiempo que presenta fenómenos nuevos y lanza desafíos nuevos a la fe y a la moral cristiana, las cuales tienen características que contrastan con el espíritu postmoderno.

Los más significativos contrastes entre la fe y la increencia

92. En primer lugar, nuestra fe cristiana, fundada sobre la revelación de Dios en la persona y en la obra de Jesucristo, tiene el carácter de certeza absoluta, superior a toda forma de certeza racional o científica. En cambio el espíritu postmoderno es radicalmente escéptico y poco dispuesto a aceptar que la fe cristiana se presente como poseedora de una “certeza”, por lo que la considera como algo excesivo y sin sentido.

93. En segundo lugar, nuestra fe es objetiva, porque no es una creación o un producto del espíritu humano o del sujeto individual, sino que está fundada en la revelación de Dios en el Antiguo Testamento, llevada a plenitud en la persona y en la obra de Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, y nos ha sido transmitida por los apóstoles en el Nuevo Testamento. Revelación que la Iglesia a través de los siglos ha meditado y vivido y que, bajo el impulso y la guía del Espíritu Santo, ha definido con formulas precisas de fe, con valor dogmático y, por tanto, con valor para todos los tiempos, y que pueden ser cada vez mejor comprendidas y expresadas. Este es “el depósito de la fe” al que el cristiano está llamado a dar adhesión, con la mente y con el corazón, en espíritu de obediente acatamiento.¹²³

94. Nuestra fe cristiana también es objetiva porque la salvación que trae a los hombres no es obra humana, sino que es obra de Dios, por medio de Jesucristo, muerto y resucitado. El hombre debe acoger con fe y con amor el don de la salvación, con la conciencia profunda de que él es incapaz de liberarse, son sus solas fuerzas, del pecado, que lo lleva a la ruina espiritual, temporal y eterna.

95. Ahora bien, a esta objetividad de la fe y de la salvación se contraponen el subjetivismo, propio del espíritu postmoderno, el cual no considera bien todo lo que no nace y lo que no es producto del hombre; se contraponen sobre todo la libertad absoluta, propugnada por el mundo postmoderno, el cual siente como una negación de la libertad y una restricción de sus propias opciones una fe y una salvación con carácter objetivo, que por eso se imponen al hombre, sin que él tenga el poder de juzgarlas, modificarlas y tratarlas a su antojo, como lo puede hacer con toda construcción puramente humana.

96. En tercer lugar, nuestra fe es “global”, en el sentido de que presenta un conjunto orgánico de verdades doctrinales, de comportamientos morales, de ritos y de prácticas religiosas, que forman una realidad única e inseparable: no puede haber separación entre fe y vida; la fe necesariamente debe dar forma a toda la vida, de manera que ningún campo de la existencia puede sustraerse a ella.

97. El espíritu postmoderno es, por el contrario, desconfiado ante lo “global”, en lo que ve el peligro del totalitarismo. Por eso se inclina a los “fragmentos” de verdad, es decir a escoger, entre los varios sistemas de pensamiento y las varias religiones, los puntos que están de acuerdo con su propio modo de ver o que considera útiles para su crecimiento espiritual y su bienestar psicológico y físico, rechazando todo lo demás. Así, el eclecticismo y el sincretismo forman parte natural del espíritu postmoderno.

98. En cuarto lugar, nuestra fe cristiana es “razonable”. No en el sentido de que su contenido sea deducción de la razón humana o que sea la conclusión de una argumentación racional, sino en el sentido de que tiene motivos razonables para ser aceptada libremente. No se pone contra la razón, sino sobre la razón, de tal manera que no humilla a la razón. Y, finalmente, tiene grande estima de la razón humana: no rechaza la razón sino el racionalismo, es decir la pretensión humana de hacer de la razón la única medida de la verdad y de considerar falso todo lo que la supera. La fe cristiana no es fideísta, no desprecia la razón y sabe que hay acuerdo entre fe y razón, y considera que si hay contrastes entre ellas, son sólo temporales y desde luego superables¹²⁴.

99. A la estima y la confianza que la fe cristiana tiene en la razón humana y en su capacidad de llegar a la verdad, y también de escrutar el misterio, se opone el espíritu postmoderno, el cual, si no cede siempre al irracionalismo, tiene, sin embargo, escasa confianza en la razón y en su capacidad de alcanzar, aunque sea entre dificultades y errores, la verdad y de poder decir algo cierto en el campo no sólo científico, sino también metafísico y moral: el “pensamiento débil” en el campo metafísico y el “nihilismo” en el campo ético se ponen en contradicción con la fe cristiana.

100. En fin, nuestra fe cristiana es “eclesial” y “comunitaria”: es la fe de la Iglesia y se vive en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y madre y maestra de los cristianos. El sentido de pertenencia a la Iglesia, de ser miembro de una comunidad creyente, de poder vivir la fe en comunión con el Papa, sucesor de Pedro, con los Obispos, sucesores de los apóstoles, y con los demás creyentes, es parte de la identidad del cristiano. El “yo creo” es siempre personal, pero no es jamás individualista, sino que es siempre participación en la fe de la Iglesia.

101. Por el contrario, el espíritu postmoderno privilegia el individualismo y, aunque se manifiesta como favorable a las agrupaciones de todo tipo, las quiere libres, es decir de tal manera que no vinculen establemente, sino que se les pueda abandonar en cualquier momento. Sobre todo, las quiere espontáneas, es decir, que nazcan de una opción libre y que no dependan de otros factores, por ejemplo, en el caso de la Iglesia, que no dependan del hecho de haber recibido el bautismo cuando se era niño.

Las principales dificultades para vivir la fe

102. Se puede afirmar que la situación de postmodernidad, en la que se vive hoy, explica muchas de las dificultades que experimentan los cristianos para vivir su fe.

103. La dificultad de dar una adhesión absoluta a las verdades de fe proclamadas por la Iglesia: hay dudas e incertezas –no superadas por un acto de fe con el que se confía absolutamente a Dios– que acompañan el camino de muchos creyentes.

104. La dificultad de aceptar las verdades de fe y de moral que no se ajustan a lo que cada uno piensa y los preceptos morales, en especial en el campo sexual, que parecen coartar la propia libertad o reprimir la libre manifestación de la propia afectividad, de las propias inclinaciones y preferencias: se juzga que atentan contra la subjetividad y la libertad individuales, que se consideran absolutas e inapelables. Se hace, pues, difícil entender y vivir la estrecha dependencia de la libertad respecto de la verdad: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”.¹²⁵

105. Las dificultades de aceptar la fe cristiana en su globalidad: sucede así que muchos cristianos hoy aceptan algunas verdades de la fe y de la moral cristiana; pero sólo las que están conformes con sus convicciones o sus gustos personales. De ahí la tan difundida inclinación a aceptar ciertos tipos de nuevos movimientos religiosos, tipo New Age, que en la práctica equivalen a una especie de

“religiosidad de supermercado”: elijo lo que me gusta o me conviene y rechazo lo que no me cae bien o lo que me incomoda.

106. La dificultad de sentirse parte viva de la Iglesia: algunos tienen para con la Iglesia un sentido de desapego o extrañeza, de pertenencia de bajo nivel: lo mínimo indispensable o sólo lo que se antoja y cuando se antoja.

Conocer, amar, seguir y anunciar a Jesucristo hoy

107. El mundo postmoderno pone a la fe cristiana ante retos y desafíos muy difíciles. Esto no debe causarnos sorpresa; lo anunciaba Jesús mismo a sus discípulos.¹²⁶ Sin embargo, el mundo postmoderno ofrece a los pastores y a todos los miembros de la Iglesia posibilidades nuevas que hemos de saber descubrir a través de un discernimiento, bajo la guía del Espíritu Santo, para distinguir “el trigo de la cizaña”,¹²⁷ y proclamar de nuevo el Evangelio de Jesucristo “con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones”.¹²⁸

108. Después de la caída de los grandes mitos ilusorios del mundo moderno, el Evangelio, en la confusión y en la desilusión general y en el naufragio de tantas utopías terrenas, aparece ante el hombre postmoderno como el único punto de referencia estable y seguro, no ilusorio ni decepcionante. No es una casualidad que, precisamente en los momentos de crisis más aguda de los últimos tiempos, la Iglesia –en el magisterio del Concilio Vaticano II y en la persona y en las enseñanzas del Papa Juan Pablo II– haya atraído la atención de tantos millones de cristianos y no cristianos, y haya suscitado el interés de encontrar a Cristo, sobre todo entre las generaciones jóvenes. Por algo nos recuerda el Papa: “ Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz”.¹²⁹

109. La Iglesia se ha puesto como la guardiana más tenaz y la promotora más alta de los valores humanos, que constituyen la base de todo humanismo verdadero, sobre todo ante el rumbo nihilístico que tomaron en particular los valores morales.

110. En esta situación, la Iglesia sigue defendiendo, en nombre de su fe, el valor de la dignidad de la persona humana y de sus derechos inviolables, el valor sagrado de la vida humana desde su concepción hasta su conclusión natural, el valor de la libertad, y en primer lugar de la libertad religiosa como signo supremo y expresión altísima de la libertad humana; la defensa de los valores de la familia, del matrimonio, del ejercicio responsable de la sexualidad; la defensa de los pobres y de los humildes contra las injusticias y las opresiones; la promoción de la solidaridad entre los hombres; la promoción de obras de paz, de concordia y de voluntariado.

111. En el mundo postmoderno, que se pregunta con angustia sobre el sentido de la vida humana y de la historia, y mira al futuro con miedo y angustia, los pastores y los fieles podemos y debemos anunciar a Jesucristo como el que con su muerte y resurrección da sentido noble, grande y trascendente, a toda vida humana y a la historia del hombre en su conjunto.

112. Es decir, en esta época de demasiadas propuestas y de inflación de palabras, es urgente concentrar el mensaje y los esfuerzos pastorales en torno a lo esencial. Por eso insiste el Papa Juan Pablo II “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las

culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz”.130

Líneas de Acción Pastoral

8. Afrontar la crisis del “sentido del pecado” que se da en la cultura contemporánea, proponiendo de manera convincente y eficaz la práctica del sacramento de la Reconciliación, mediante una catequesis sólida e íntegra sobre la moral Cristiana.

9. Proclamar con claridad y entusiasmo el anuncio de Jesucristo, único salvador “ayer, hoy y siempre”, con especial énfasis en la juventud.

10. Asumir la Nueva Evangelización como compromiso cotidiano de las comunidades y grupos cristianos.

11. Afianzar el amor y la pertenencia a la Iglesia, promoviendo la participación conciente y madura.

12. Aprender a discernir los signos de los tiempos.

CAPÍTULO III

LA FAMILIA, SANTUARIO DE LA VIDA, Y ESPERANZA DE LA IGLESIA Y DE LA SOCIEDAD

113. Una expresión de nuestra preocupación por aportar la luz del Evangelio a los problemas más agudos de nuestra sociedad es –junto con la pérdida de valores y la gran crisis espiritual y moral de nuestros días– en particular, el tema de la familia. Se podría pensar, quizá, que hay problemas de mayor urgencia inmediata que preocupan, con toda razón, de un modo más acuciante a nuestro pueblo, entre ellos los de la violencia, el terrorismo, el narcotráfico, la corrupción, la inmigración o el desempleo... Ciertamente, son problemas muy agudos y muy dolorosos, que inciden muy negativamente en el contexto eclesial y social.

114. Sin embargo, no dejaremos de repetir que en la crisis de la familia se halla una de las raíces más hondas de la crisis social que se manifiesta luego en esos otros fenómenos que golpean de modo más llamativo nuestra sensibilidad y nuestras vidas. Un cuerpo social que está enfermo en sus órganos más vitales, no puede dejar de padecer gravísimos problemas en todo su organismo. Las cuestiones referentes a la familia no son, por tanto, simplemente cosa de la vida privada de los ciudadanos, como a veces se dice. La cuestión de la familia es una cuestión social de primer orden. Si la familia va mal, la sociedad irá mal.

115. En la crisis de la familia confluyen una serie de factores sociales y culturales que reflejan una concepción del ser humano y de la sociedad que, si no ha dejado de tener algunos efectos positivos, pone muy seriamente en cuestión la humanidad del hombre en sus mismas fuentes, como son las relaciones entre hombre y mujer, las relaciones esponsales, paterno-filiales, fraternales y familiares; y que, además, con trágica consecuencia, violenta y agrede a la vida humana en sus comienzos, en su desarrollo y en su ocaso, dejándola fría y sin amor.

116. Destruir la familia es destruir el fundamento de la sociedad y de la Iglesia y en este momento en que cambian los valores y caemos en el relativismo ya visto, ocupamos como pastores y como

fieles responsables, destacar líneas nuevas de acción que respondan a los cambios operados y al ataque destructivo en contra de la familia.¹³¹

La familia y la vida en el plan de Dios

117. Nuestro Dios es un Dios vivo que da la vida,¹³² y nos llama a la vida eterna. De un extremo a otro de la Biblia se descubre que la vida es un don y que Dios, al darnos la vida, hace brillar su misterio y su generosidad. Dios es, por consiguiente, el origen de toda vida sobre la tierra. Por eso la vida es cosa preciosa.

118. En el último día de la creación crea al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, y para garantizar la continuidad y el crecimiento de esta vida Dios le da su bendición. Por eso la vida es cosa sagrada. De la unión estable del hombre y la mujer y de la fecundidad del matrimonio nace la familia, fundamento de la sociedad y de la Iglesia.

119. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor.¹³³ En el matrimonio se hace posible esta donación total que forja una comunidad de vida y amor, que es el reflejo de la alianza de Dios con su pueblo. Según el designio de Dios, el matrimonio es el fundamento de una comunidad más amplia que es la familia, ya que la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y educación de la prole, en el que encuentran su coronación.¹³⁴

120. “¡Familia, sé lo que eres!”... Remontarse al principio del gesto creador es una necesidad para la familia y se descubre como “íntima comunidad de vida y de amor”¹³⁵. De aquí nace su misión: ser esa comunidad de vida y de amor. La misión de la familia es custodiar, revelar y comunicar el amor. Por eso el magisterio ha puesto de relieve cuatro cometidos generales de la familia:

- Formadora de personas.¹³⁶
- Servicio de la vida.¹³⁷
- Participación en el desarrollo de la sociedad.¹³⁸
- Participación en la vida y misión de la Iglesia.¹³⁹

121. Resalta en este último número que la familia es comunidad creyente y evangelizadora¹⁴⁰ y que es una comunidad al servicio del hombre.¹⁴¹

La familia, Trinidad en la tierra

122. Fue en el Sínodo de los Obispos de 1980, dedicado a la familia, cuando reapareció la consideración de la familia como “Icono de la Trinidad”. Afirmer esto es dar a la teología del matrimonio y de la familia una fundamentación nueva y válida. Había teología del matrimonio, pero la familia no tenía una raigambre sólida en la reflexión teológica. La Trinidad es contemplación, comunicación, conocimiento, amor, misterio, fidelidad. Iguales y distintos a la vez. Lo mismo debe ser la familia. (Ricardo de San Víctor sugiere: igualdad fundamental, diálogo, reciprocidad, comunión)...

123. Así se nos descubre un mundo fascinante: Dios es una comunidad de vida y de amor; Dios, como fuente del ser creado y como prototipo de la criatura humana, revela en el hombre y la mujer su plenitud divina. De este modo el varón aparece más humano, y la mujer se descubre también “icono” de Dios, y uno y otro, junto con el hijo (hijos) hacen la imagen más plena de Dios (alteridad, reciprocidad, comunión interpersonal). Esto supone el cambio de ver la familia formada

por relaciones funcionales, a familias con relaciones interpersonales basadas en el amor que llevan a la unidad, la armonía, el diálogo, la solidaridad, la recíproca cooperación, el respeto mutuo. En una palabra, la comunión.

124. Con razón Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptor Hominis* enseñaba: “El hombre no puede vivir sin amor. Su mismo ser le sería incomprendible, su vida estaría privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con él, si no lo experimenta y se lo apropia, si no participa vivamente con él”.¹⁴²

125. Los rostros del amor humano (de padres, de hijos, de esposos y hermanos) tienen en la Trinidad Divina su fuente y modelo. En el matrimonio y en la familia se constituye un conjunto de relaciones interpersonales (relación conyugal, paternidad, maternidad, filiación, fraternidad), mediante las cuales toda persona humana queda introducida en la familia humana y en la familia de Dios, que es la Iglesia.¹⁴³

La familia, custodio de la vida

126. La familia, santuario de la vida:¹⁴⁴ ella es el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada de los múltiples ataques a que está expuesta. Los hijos son el don más preciado del matrimonio.¹⁴⁵ Por eso el papel de la familia en la cultura de la vida es determinante e insustituible. Para cumplir con esta tarea se debe promover incansablemente una pastoral familiar que ayude a cada familia a descubrir y vivir con alegría y valor su misión en relación con el “Evangelio de la vida”. La familia estará siempre al servicio del amor, de la vida y de la sociedad. La familia es el lugar en que se transmiten los valores convertidos en proyecto de vida.

La familia y la Eucaristía

127. En la Eucaristía recordamos diariamente la alianza que Jesucristo ha hecho con su Iglesia; es el “sí” que ha expresado y que no cambiará; ahí se pide perdón, se elevan oraciones, se escucha la Palabra de Dios, se ofrece cada quien a sí mismo; hay diálogo, hay comunión, hay compromiso, hay alabanza, se reconocen los lazos familiares, hay misión.

128. El matrimonio y la familia se presentan, así, como una acción de gracias, siempre nueva cada día, donde se cumplen todos estos aspectos tan importantes de la Eucaristía. Ahí se recuerda a diario el “sí” que fue el inicio de su consentimiento; ahí se perdona, se elevan oraciones. Ahí los esposos se deben ofrecer uno al otro cada día como don; en ella debe reinar el diálogo, debe haber comunión, se da un compromiso, se debe vivir en alabanza a Dios y aliento de superación entre ellos y con los hijos. Todo esto acrecienta los lazos afectivos familiares, que forman personas maduras, dispuestas para la misión de hacer presente a Dios y su Reino.

La familia, Iglesia doméstica

129. Pablo VI afirmaba: “En cada familia deberán hallarse los elementos de la iglesia entera. Además la familia debe ser el espacio en el cual se transmita el Evangelio y desde donde se irradie el mensaje”.¹⁴⁶ Este es otro aspecto que la teología de la familia recupera: cada familia debe hacer de su hogar una pequeña Iglesia.¹⁴⁷

130. San Juan Crisóstomo nos da estos elementos significativos que debe haber en la familia: como los sacerdotes en la gran asamblea litúrgica, así los padres de familia en su “pequeña Iglesia”

realizan una función (evangelizadora, cultural y pastoral). Los esposos y padres de familia invitan a los vecinos y amigos; preparan la acogida en casa, preside el jefe del hogar la celebración de la Palabra y dan un testimonio de vida cristiana. A los esposos y padres de familia les compete otro verdadero ministerio: la educación religiosa de los hijos y de los que conviven con ellos, inician la celebración del culto doméstico con la oración de cada día, con la práctica de la caridad fraterna.¹⁴⁸

131. Como Iglesia doméstica, la familia está llamada a anunciar, celebrar y servir al “evangelio de la vida”.¹⁴⁹ “No debe omitirse una seria preparación de los jóvenes antes del matrimonio, en la que se presente con claridad la doctrina católica, a nivel teológico, espiritual y antropológico sobre este sacramento”.¹⁵⁰ La pastoral y la espiritualidad familiar, la atención a matrimonios en dificultad, la experiencia de parejas maduras son medios eficaces para afrontar la crisis de inestabilidad y de infidelidad en la alianza matrimonial.

Luces y sombras en la familia

132. “Son muchas las insidias que amenazan la solidez de la institución familiar [...] siendo a la vez desafíos para los cristianos. Se deben mencionar, entre otros, el aumento de los divorcios, la difusión del aborto, del infanticidio y de la mentalidad contraceptiva”.¹⁵¹ Habrá que tener en cuenta también que, desgraciadamente, se consideran como normales las uniones libres, el sólo matrimonio civil, las relaciones pre-matrimoniales, el desafío a la autoridad paterna y materna. Abundan los niños de la calle, se está dando la marginación de los ancianos, la reubicación frecuente por motivos de trabajo, la emigración de toda la familia o de alguno de sus miembros. Todo esto puede ser devastador para la familia.¹⁵²

133. Es de lamentar la terminología ambigua y equivoca con la que muchos documentos internacionales provocan confusión semántica para llevar al desprecio de los valores morales y sociales (por ejemplo, se habla de “modelos de familia”, “pre-embrión”, “proyecto reproductivo”, “vida indigna”, “procreación asistida”, “vida injusta”, “calidad de vida”, “libertad sexual”, “muerte digna”). Se presentan, igualmente, de manera equivocada términos fundamentales como matrimonio o familia, de tal modo que quien presenta los valores tradicionales de estos términos se le ve como anticuado, como “no moderno”; es actual y progresista, en cambio, quien propone una serie de antivalores que contrastan con lo que la Iglesia ha enseñado hasta ahora y la sociedad ha vivido, fruto de una sana antropología.¹⁵³

134. Una atención especial habrá que tener con el uso de los términos “pareja” y “género” sexual, los cuales, desconociendo la recíproca complementariedad entre hombre y mujer, fruto de la sabiduría del Creador, ordenada a la mutua donación y a la procreación de los hijos, tiende a reducir el matrimonio a una forma más, entre otras, de conducta sexual. Según esto, el matrimonio no sería sino un modelo de comportamiento aparecido en un momento de la historia, culturalmente condicionado, pero hoy en desuso por una “inevitable” evolución de las costumbres.¹⁵⁴ Por eso hoy se habla más de los géneros y sin importar el sexo se vive en pareja. Todo es opinable y de decisión individual, sujeta a negociación y a la opinión mayoritaria.

La “cultura de la muerte”

135. El Vaticano II nos dice: “Las circunstancias de la vida del hombre moderno en el aspecto social y cultural han cambiado profundamente, tanto que se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana”.¹⁵⁵ El Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica Familiaris Consortio habla de lo que ahora llamamos “cultura de la muerte”. Es bueno recordar que estas

expresiones –“cultura de la muerte” y “cultura de la vida”– han sido usadas, por vez primera en el magisterio pontificio en 1991.¹⁵⁶

136. La cultura tuvo en los tiempos griegos una connotación aristocrática, era patrimonio de unos cuantos doctos. Después, en la Ilustración, tuvo un carácter de enciclopedia: era culto el que sabía mucho de muchas cosas. Ahora, en nuestro tiempo, es culto el que sabe mucho de su propia disciplina, pero ignora mucho de lo demás; esto propicia una educación incompleta y especializada, pero no es nunca el sustituto de una cultura entendida como una formación equilibrada y armoniosa del hombre como tal.

137. Se entiende ahora como cultura el conjunto de modos de vida creados, aprendidos y transmitidos por una generación a la otra. Así no hay privilegios: lo que nace, muere y todo desde el punto de vista del beneficio de la humanidad y de la mayoría. Así, es cultura el modo rústico de cocinar un alimento y lo mismo una sonata de Beethoven; así, es lo mismo un delfín que un ser humano, y si algo es defectuoso o nocivo se le debe eliminar para que no afecte el modo de vivir de los demás y propicie más rápido el decaimiento de este modo cultural.

138. La muerte entendida no como inicio ni como fin de la vida sino como posibilidad existencial, no es un acontecimiento particular sino algo posible para todos en cualquier momento y, por consiguiente, no importa que sea ahora o después, lo importante es aceptar su posibilidad y no enfrentar su presencia sino verla como lo más normal de la vida.

139. Así se presenta la cultura de la muerte como algo que afecta al ser humano, llámese guerra, asesinato, aborto, eutanasia... Si todos los caminos llevan a la muerte, cada quien es libre de recorrerlo o ayudar a otro a recorrerlo; más aún, hacerlo será un “acto exquisito de caridad”, porque es preferible esto a una vida disminuida o sufriente. Nunca, como en este momento de la historia, ha sido engañosa la ecuación de que aquello que es científicamente posible es también, éticamente justo. Esto nos ha llevado a una verdadera y propia manipulación biológica.

140. Un flagelo social que amenaza especialmente a las familias es el uso de las drogas que, además de privar del uso de la razón, extingue todo esfuerzo de superación y destruye la integridad física y moral. Respecto a esto, las fuentes avalan la afirmación de que el 80% de los jóvenes, antes de los 18 años de edad, han probado por lo menos en una ocasión el alcohol o algún tipo de droga... Las edades de mayor consumo son entre los 15 y los 18 años, a nivel bachillerato. Ante estos graves problemas la única institución capaz de enfrentarlos es la familia responsable, que toma a su cargo a sus hijos y los defiende. La familia deberá tomar cartas en el asunto para enfrentar estas y similares amenazas que ponen en riesgo a la juventud, esperanza de la Iglesia y de la sociedad.

141. Están, además, el erotismo y la pornografía, que son formas de explotar el sexo al presentar al público lo que el natural pudor reserva a la intimidad matrimonial. La familia debe dar una recta educación en el campo de la sexualidad y especialmente los padres de familia deberán cuidar que sus hijos no vean como normales y corrientes las perversiones morales que se publicitan tan profusamente.

La “cultura de la vida”

142. Quizá al contemplar la realidad de la familia –sus luces y sus sombras– parecería que las sombras no nos dejan ver la luz, y que posiblemente nos invada el desaliento y nos sintamos tentados a bajar las manos. “No podemos dejarnos llevar por una especie de determinismo de sabor fatalista, de tal forma que haya una rendición sin lucha ante lo que parecería ser una tendencia

ineluctable de eclipse de la familia”.¹⁵⁷ Hoy más que nunca, en el inicio del tercer milenio, creemos en el Dios de la vida: un Padre Creador, un Espíritu Santo que es Señor y dador de vida y un Hijo que ha vencido a la muerte resucitando para nunca más morir. “Yo soy la Resurrección y la vida”.¹⁵⁸ Contemplar al Resucitado. Si no fuese así “vana sería nuestra predicación, vana nuestra fe”.¹⁵⁹

143. Hemos creído en el Dios de la Vida, por eso volvemos a la familia, para afirmar categóricamente: “el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición original del Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre”.¹⁶⁰ “En la familia, santuario de la vida, –señala la Encíclica *Evangelium Vitae*– ‘dentro del pueblo de la vida y para la vida’ es decisiva la responsabilidad de la familia, es una responsabilidad que brota de su propia naturaleza. Y más adelante subraya: ‘por esto el papel de la familia en la edificación de la cultura de la vida es determinante e insustituible’”.¹⁶¹

144. Apostamos por la familia, la cual hemos de educar y defender a toda costa. Nos comprometemos con la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural, proclamando la dignidad y los derechos de toda persona humana. Esta apasionada defensa que el magisterio de la Iglesia ha hecho de la dignidad de cada vida humana está influenciando también la opinión pública y está dando algunos frutos en el sector de la ética mundial. Están en juego el futuro de la humanidad y la dignidad de la persona humana con sus derechos intocables e inalienables.

La Familia Educadora en la Fe

Educar para el matrimonio, para la familia, para el amor

145. Si el amor es un don y una tarea, si el amor es un arte, se ha de educar en el amor, ya que es el centro del matrimonio y de la familia. “La preparación al matrimonio debe ser vista y actuada como un proceso gradual y continuo [...] La Iglesia debe promover programas mejores y más intensos de preparación al matrimonio para eliminar lo más posible las dificultades en que se debaten tantos matrimonios, y más aún para favorecer positivamente el nacimiento y maduración de matrimonios logrados”.¹⁶² “No se trata sólo de prepararse para celebrar debidamente el sacramento del matrimonio, del cual los esposos son los ministros, se trata de prepararse para vivir el matrimonio como sacramento. Nada se lograría con celebrar el matrimonio como cristianos para luego vivirlo como paganos”.¹⁶³

Educar a la familia hacia la santidad

146. ¿Hacia dónde va la familia? La familia tiene una meta bien definida: la santidad. Se ha de concientizar para poner la vista en el horizonte y ver como punto de partida y de llegada y de partida la santidad de la familia. Se inicia esta travesía partiendo de Dios que es amor, Dios que es Santo, y se ha de llegar a la santidad de Dios en y desde la familia. Las familias cristianas deben ir en dirección a la santidad. Es claro que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia que se adapte a cada persona.¹⁶⁴

147. Educar para la santidad es educar para ser más persona, es educar para el amor. “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor”.¹⁶⁵ La santidad requiere de medios, fomentar momentos de vida en común, como son la oración cotidiana en familia, la participación en la Eucaristía los días festivos y las obras de caridad.¹⁶⁶

La vida en Cristo de la familia

148. Aprender a vivir de Cristo y su misterio es la clave para poder vivir una vida moral cristiana. Es un hecho incuestionable que en la sociedad contemporánea, los valores morales y espirituales, se encuentran en crisis, ya que el subjetivismo y el relativismo los están ahogando; esto trae consecuencias enfermizas en todos los campos.

149. La familia está llamada a ser “La escuela del más alto humanismo”, es decir, en ella los hijos deben ser formados y educados en los valores humanos, morales y espirituales, para dar testimonio de vida cristiana, cualquiera que sea su vocación.¹⁶⁷ Para ello se hace un llamado a la familia cristiana, que en cuanto iglesia doméstica, constituye la escuela donde se originan, promueven y desarrollan tales valores. Una educación así implica la promoción y el cultivo de los valores del amor, la verdad, la justicia, la fraternidad, la sexualidad, y la responsabilidad.¹⁶⁸

La importancia del “día del Señor”

150. La familia cristiana ha de ser consciente de que su fuente principal de vida espiritual es la Eucaristía; si su meta es la santidad, la celebración eucarística es el alimento, es el medio más eficaz para lograrlo. Se ha de privilegiar la Eucaristía dominical, el día de fiesta, el día en que como familia de Dios nos reunimos para participar de este misterio pascual de salvación a través de los ritos, signos y símbolos.

151. Es urgente la recuperación del domingo y la adecuada valoración de la celebración eucarística, en el día semanal en que se celebra la Resurrección del Señor. El ritmo de la vida económica y social, lleva en nuestros días a una desfiguración paulatina del carácter sagrado de este día, y en consecuencia, a una disminución notable de la asistencia a la Santa Misa en los domingos y días festivos.

152. Ciertamente la Eucaristía dominical es un precepto que se debe cumplir no sólo por ser mandato sino por esta necesidad que tenemos de Cristo. Para muchos cristianos es casi el único momento de unión con Dios y con sus semejantes. Si se deja esto o se descuida se pierde el único lazo de unión con la Iglesia. “La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de Vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente”.¹⁶⁹

Vivir en la familia la solidaridad

153. “¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo dónde cobijarse?”.¹⁷⁰ Esto ha de cuestionarnos. Hoy urge que desde la familia se acabe de una vez por todas esta separación entre fe y vida, entre culto y vivencia; si celebramos en la Eucaristía al Dios de la vida, ésta ha de prolongarse en signos concretos como lo son la conversión que nos lleva a la comunión y ésta a su vez ha de traducirse en caridad entendida concretamente como solidaridad. “Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también en este nuevo siglo; pero si faltara la caridad, todo sería inútil [...] la caridad es verdaderamente el corazón de la Iglesia”.¹⁷¹

154. Es allí, en la familia, donde la solidaridad ha de comenzar; este camino solidario que consiste en empeñarse en compartir, en empeñarse en dar y, más aún, en darnos: “La Solidaridad, pues, no

es un elemento extraño o añadido a la dinámica de la vida cristiana [...]; para el cristiano, la solidaridad es el ejercicio de la caridad que lo santifica, lo dignifica y lo hace participar activamente en la construcción de la comunidad [...]; cuando la solidaridad cristiana inspira y anima a la familia, a la sociedad, a la cultura y a la nación, éstas crecen”.¹⁷² Solidaridad que significa asistencia, promoción, liberación y acción fraterna. Que a los pobres y marginados se les ayude, es un reto que ha de comenzar en y desde la familia, célula de la sociedad.¹⁷³

La Iglesia como familia de los hijos de Dios

La familia de Jesús

155. La Iglesia, al esforzarse por vivir su fe, se convierte a partir del bautismo, en la verdadera familia de Jesús. “Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumple la voluntad de mi Padre de los Cielos, ese es mi hermano, mi hermana, y mi madre”.¹⁷⁴ La autenticidad de la vida cristiana garantiza el reflejo del rostro de Cristo. Estamos llamados a formar familia con Él; seremos, como Iglesia, la verdadera familia de Jesús cuando escuchemos y vivamos lo que Cristo, nuestra Cabeza, nos ha manifestado.

La Iglesia Diocesana como familia

156. “Por ser la Iglesia signo de la encarnación de Cristo, ella debe concretizarse haciéndose visible, palpable, verificable a los ojos de los hombres que buscan la salvación”.¹⁷⁵ La Diócesis ha de ser germen de vida; al igual que una familia que genera la vida así, en sus planes, en sus retos, en sus signos y en sus compromisos por la Nueva Evangelización, siempre ha de dar vida. Lo que une toda esta acción ha de ser el amor. Si de verdad hemos asimilado este rostro de Cristo, hemos de manifestarlo en el amor.¹⁷⁶ “En esto conocerán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros”.¹⁷⁷

La parroquia como familia

157. “La parroquia es como una gran familia compuesta de familias más pequeñas. Es la familia de Dios que se congrega en torno a la Eucaristía, y vive como una fraternidad animada por el Espíritu. Es una familia no cerrada en sí misma, sino injertada y abierta a la sociedad, e íntimamente integrada con sus aspiraciones y dificultades. La parroquia, ante todo, es una comunidad de personas, viva y dinámica, más que una estructura, un edificio o un territorio[...] Si la parroquia es ‘la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres’ tiene la misión de evangelizar de celebrar la liturgia, de impulsar la formación humana”.¹⁷⁸

Pastoral familiar en los casos difíciles

158. Sigue siendo la Familiaris Consortio en sus números 77-85, la orientación más adecuada para llevarnos a una correcta atención de estos casos. Solamente tengamos en cuenta que desde niveles altos de dirigencia mundial se busca hacer a un lado el derecho natural y que todo quede en el consenso de las mayorías, que se convertiría, falsamente, en ley moral.

Líneas de Acción Pastoral

13. Es urgente concientizar sobre el valor y respeto de la vida en todos los ambientes. También es importante defender y celebrar la vida y de esta manera enfrentar la cultura de muerte.

14. Dar a conocer por todos los medios posibles el valor de la familia a la luz de la Sagrada Escritura y del Magisterio de la Iglesia y fomentar la espiritualidad de la familia a imagen de la Trinidad Santa.

15. Promover el valor de la Eucaristía como centro de la vida parroquial y familiar. Enseñar a la familia que los distintos momentos litúrgicos iluminan su vida matrimonial y familiar y que ha de realizarse conforme al modelo de entrega de Cristo con su Iglesia.

16. Concientizar de que cada familia debe hacer de su hogar una pequeña Iglesia y responsabilizar a los padres que deben ser en su hogar lo que el sacerdote es en el templo.

17. Implementar una pastoral familiar que atienda los retos que el nuevo milenio presenta a la familia y que forme a los agentes de pastoral y a los padres de familia para enfrentar estos retos de manera positiva.

18. Conviene igualmente presentar una terminología clara que evite confusiones y ambigüedades que confunden y distorsionan lo que es la familia y propicia una degeneración de la base de la familia y el matrimonio.

19. Apoyar la formación del grupo “familia para las familias” que hagan una labor de convencimiento con los legisladores cristianos y los medios de comunicación para que trabajen a favor de la vida.

20. Promover talleres donde se estudie a profundidad el documento “El evangelio de la vida”. Promover la educación para el matrimonio, la familia y el amor a través de un proceso que tome en cuenta las distintas etapas de educación de la persona de manera específica desde la adolescencia.

21. Insistir en que la santidad de la familia es su misión específica y que se expresa en la vivencia de los valores y virtudes familiares a ejemplo de la familia de Nazaret. Hacer del seguimiento de Cristo el modelo para el comportamiento moral de toda la familia.

22. Urge recuperar el Domingo como el día del Señor, que motive a la celebración de la Eucaristía como centro de la vida comunitaria y familiar que se proyecte en una vida alegre y con acciones solidarias que los lleve a compartir sus bienes.

23. Promover la formación de agentes que trabajen a nivel diocesano y parroquial en los diferentes campos de la pastoral matrimonial y familiar y que su acción llegue a todas las familias.

24. Que la pastoral parroquial tenga como prioridad la atención de cada una de las familias, y hacer de la visita domiciliaria a la familia una institución central de la pastoral parroquial familiar.

CAPÍTULO IV

LA CULTURA DE LA SOLIDARIDAD: TESTIGOS DEL AMOR Y DE LA ESPERANZA

159. La Iglesia de Jesucristo no puede ofrecer mayor servicio al mundo y a la sociedad en donde vive que el testimonio de ser la decidida y valiente anunciadora del plan de salvación de Dios, realizado “en la plenitud de los tiempos” en su Hijo Jesucristo.¹⁷⁹ A esta proclamación de la Buena Nueva se le llama hoy más comunmente “evangelización”.

160. La evangelización, nos lo ha recordado el Papa Paulo VI, “Es la misión esencial de la Iglesia [...] Ella existe para evangelizar”.¹⁸⁰ Al mismo Jesús le hemos oído decir al inicio de su ministerio: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva”.¹⁸¹ Y de San Pablo, el gran evangelizador, ¿quién no recuerda muy bien aquellas encendidas palabras, que a todos nos siguen comprometiendo?: “¡Ay de mí si no evangelizare!”.¹⁸²

161. El testimonio de la caridad es, para nosotros los cristianos, la clave de credibilidad ante el mundo. La primera tarea del evangelizador es la de testimoniar con el amor la propia fe. Sin este testimonio nuestra palabra y la palabra misma de la Iglesia, sus celebraciones rituales y sus demás actividades apostólicas aparecerían vacías de significado. Es éste el carácter profético que a todos nosotros, como Iglesia, nos pide hoy nuestro Señor: “Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana –nos lo recuerda Juan Pablo II– el anuncio del Evangelio, aún siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras”.¹⁸³

El desafío de la pobreza

162. De múltiples formas y de diversas maneras Dios, nuestro Padre, se revela ante nuestros ojos. Dios, en la Encarnación histórica de su Hijo Jesucristo, se hace hombre; anonadándose a sí mismo¹⁸⁴ hace de la pobreza, del pecado y de la debilidad humana el lugar privilegiado de su presencia amorosa y de su acción redentora. Jesucristo es el camino.¹⁸⁵ “El encuentro con Jesucristo vivo –nos dicen nuestros Obispos mexicanos– lleva a los creyentes a una conversión del corazón que en la comunidad cristiana se manifiesta en la virtud de la solidaridad que es la expresión operante de la caridad”.¹⁸⁶

La multiplicación de la pobreza es una realidad

163. El hecho es innegable: “La pobreza ha crecido en los últimos 20 años. Nos referimos no sólo a las formas de pobreza tradicional y de injusticia social que ya teníamos, sino que han surgido nuevas maneras de empobrecimiento en el campo y en las ciudades, de marginación y hasta de exclusión de grandes grupos sociales, especialmente de campesinos e indígenas”.¹⁸⁷

Comprensión de la pobreza

164. “Es preciso siempre distinguir entre la pobreza libremente escogida como signo de consagración a Dios, y la pobreza como fruto de la exclusión y la marginación. La primera acepción brota del seguimiento radical de Jesucristo que se hizo pobre y optó por los pobres con especial amor y dedicación. En la segunda acepción los pobres son un lugar privilegiado de encuentro con Cristo y primeros destinatarios de la evangelización. La pobreza en la que viven es del todo injusta y clama al cielo. Nadie debe permanecer indiferente ante la falta de satisfacción de las necesidades básicas para el desarrollo de una persona”.¹⁸⁸

Los rostros de la pobreza

165. Queremos llamar la atención sobre algunos aspectos de nuestra realidad que nos reclaman con más fuerza una respuesta pastoral: “en efecto, son muchas las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes

posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana”.189

Bajo ingreso y desempleo

166. “El deterioro de la capacidad adquisitiva de la mayoría de las personas, la falta de empleos y condiciones favorables para la micro, pequeña y grande empresa; la caída en la calidad de vida, especialmente en las clases medias y su paulatina disolución como grupo social; el acelerado enriquecimiento y concentración de la riqueza en unos cuantos, ponen en evidencia uno de los más graves problemas de nuestro tiempo y hacen de México uno de los países con mayor desigualdad en la distribución de la riqueza en el mundo”.190

167. Según las estadísticas del INEGI, en el país existen 97.36 millones de habitantes, de los cuales 56% están considerados como parte de la población económicamente activa, de los cuales existen al menos 1.3 millones de desempleados a escala nacional.191

168. El 55% de los jaliscienses pueden considerarse pobres y de ellos el 17.9% pueden clasificarse en extrema pobreza.192 En este aspecto en nuestra Diócesis anotamos acciones en las parroquias a favor de los pobres, destacamos la acción que ha venido realizando Cáritas Diocesana. También reconocemos la valiosa asistencia de algunas organizaciones del Sector Público y Privado. Sin embargo necesitamos seguir creciendo sobre todo en acciones de promoción y de concientización.

La educación

169. La cobertura de los servicios de educación ha crecido. Se puede hablar de una mejoría en los índices de permanencia y finalización en casi todos los niveles de la educación básica.193 Sin embargo, según el INEA 9'000,000 de mexicanos son analfabetas; persiste, además, el llamado analfabetismo funcional que está vinculado a la falta de continuidad en la educación.194 Ante la necesidad de una mayor calidad en la educación, es urgente la tarea pastoral de la atención y la formación integral de los maestros y maestras así como la promoción en las comunidades de escuelas parroquiales, en donde se forme en los auténticos valores.

Los niños de la calle

170. Las calles de la ciudad de Guadalajara se han ido poblando de niños y adolescentes que salen a buscar el pan de cada día, y que son presa fácil de gente inmoral que los explota organizadamente. Esto nos viene a confirmar la debilidad de la estructura familiar. Es notable el esfuerzo que han venido realizando diversas organizaciones en internados, orfanatos a favor de los niños. De manera concreta “La Ciudad de los niños del Padre Cuéllar”, que ha sido como un modelo inspirador de varias experiencias locales y la llegada a nuestra ciudad de la “Villa de los Niños”, obra solidaria de gran trascendencia. Además, en varias parroquias a través de guarderías y parvularios se practica de un modo concreto la solidaridad a favor de los niños.

La salud

171. Los esfuerzos por lograr una cobertura cada vez más amplia en materia de salud aunque son notorios, sin embargo no han logrado erradicar gravísimos problemas. Baste decir que la tasa de mortalidad por desnutrición en niños menores de cinco años alcanza un 13% en promedio para el estado de Jalisco, pero que en regiones como el Norte del Estado –en donde la pobreza es aún mayor– llega al 35%.195 Señalamos como un grave problema el alto costo de la medicina de

patente, su precio es inalcanzable para la mayoría de las familias; esto lleva al recurso de la medicina alternativa con la oposición sistemática del Sector Salud. Es indiscutible que la familia no ha logrado asumir plenamente su responsabilidad, por falta de programas de prevención y buenos hábitos.

172. En este aspecto encontramos signos muy alentadores de solidaridad. En muchas Parroquias la atención a los enfermos es constante y atenta. Vale la pena destacar, entre otros, la labor en favor de los enfermos de SIDA que realiza PAIPID y la atención a los leprosos en el leprosario del Padre Bernal. Son sin duda señales que deben alentar nuestro compromiso de solidaridad. En este campo cabe destacar la presencia de los religiosos y religiosas, así como los dispensarios médicos parroquiales y el Hospital “Salud de los Enfermos” de Cáritas Diocesana.

La vivienda

173. La situación de la vivienda¹⁹⁶ nos indica que más del 50% de los jaliscienses –y bien se podría decir de la población mexicana– simple y sencillamente no tiene acceso a créditos para comprar casa. Ni son sujeto de crédito, pero tampoco su salario alcanza para ello.¹⁹⁷ La falta de vivienda digna es de grandes proporciones.¹⁹⁸ en la periferia de las ciudades se aglomeran familias que viven en asentamientos irregulares, hay especulación en el costo de los terrenos, la planeación de las nuevas colonias es deficiente y, por supuesto, falta de servicios básicos. El hacinamiento, los fétidos olores, la contaminación del aire y la falta de instalaciones sanitarias propician situaciones verdaderamente infrahumanas, que nos están exigiendo una respuesta pastoral apropiada. Además de que las casas que hoy se construyen son demasiado pequeñas, lo que obliga a los matrimonios a reducir el número de hijos, por esta estrategia de la construcción.

La migración

174. La migración del campo a la ciudad y a los Estados Unidos tiene ya raíces profundas: “En el campo, aunque las reformas legislativas permitieron modelos de organización e inversiones para facilitar la exportación, por falta de acompañamiento en la integración de los campesinos en estos nuevos procesos, se ha paralizado la agricultura tradicional en muchas partes, afectando principalmente a los jóvenes que al no estar preparados ni educativa ni técnicamente, se han visto desplazados, sin opciones reales de trabajo, incrementándose así los procesos migratorios dentro y fuera del país”.¹⁹⁹

175. Jalisco es uno de los principales exportadores de mano de obra hacia los Estados Unidos; de cada 100 mexicanos que emigran 18.33% proceden del nuestro Estado.²⁰⁰ Esta situación nos revela otros problemas como la desintegración familiar y la pérdida de valores.

La ecología

176. Hemos ido acabando con los recursos naturales que son espacios insustituibles para mantener una mínima calidad de vida. La escasez de agua constituye uno de los mayores retos en el inicio del nuevo siglo. La deforestación en nuestros bosques, la contaminación de los ríos y cuencas junto con la agonía del Lago de Chapala, nos hacen reflexionar en la presencia de “estilos de vida conducidos por el egoísmo que llevan al agotamiento de los recursos naturales”.²⁰¹ Es alentador el despertar de la conciencia en el campo de la ecología, pero necesitamos impulsar con más decisión y claridad la solidaridad ante este problema.

La solidaridad es una responsabilidad común

177. Sabemos que no se puede crecer en la unión con Nuestro Señor Jesucristo si no se crece al mismo tiempo en la unión con nuestros prójimos. El amor a Dios siempre se valida y se hace auténtico cuando somos capaces de suscitar, motivar y promover acciones concretas tendientes a la ayuda fraterna y la práctica de la solidaridad, sobre todo con los más necesitados.

178. No es posible decir “Padre Nuestro” sin que al mismo tiempo nos sintamos miembros los unos de los otros, sin comprometernos a edificarnos mutuamente como la familia de los hijos de Dios. Y esto lleva en sí mismo grandes consecuencias. Ninguno, por ejemplo, puede sentirse de verdad incorporado a Cristo en la Eucaristía, sin estar al mismo tiempo dispuesto a incorporarse a sus hermanos en el cuerpo social. Es por eso que frecuentemente decimos que “la Eucaristía hace la Iglesia”. Cristo nos regala su propio cuerpo y su propia sangre, para hacernos cada vez más su Cuerpo y su propiedad, y así llegar a construir de día en día su Santa Iglesia.²⁰²

179. De esta forma, se nos recuerda que la vida cristiana es siempre compromiso por los demás y entrega de la propia vida a su servicio; se nos recuerda que sólo de esta manera nuestra vida es digna de ser vivida como discípulos del Crucificado. Por eso, el “sacrificio sacramental” en el cual participamos, está siempre inseparablemente orientado al “sacrificio real”, que ha de ser el nuestro. Es por eso que la solidaridad ha de ser obra de todos y nunca hemos de olvidar que todos estamos llamados a construir esta Iglesia y esta sociedad como verdadera comunidad de comunión. De este modo todos nos seguiremos educando en la experiencia de que el sacrificio agradable a Dios es el que conduce a la formación del único Cuerpo de Cristo, vivido en la experiencia eclesial y con inseparable proyección en la vida familiar, en las relaciones de convivencia social, de trabajo, de descanso o de vecindad. Todo esto se ha de ver también reflejado en las relaciones económicas, culturales y aún políticas, dentro de nuestros ambientes normales y dentro de nuestra vida diaria.

180. La solidaridad ha de ser una responsabilidad común que nos incluye a todos. La Iglesia nos invita a poner una especial atención a los más pobres. Pues bien sabemos que para poder servir a todos, debemos tener un particular cuidado por “los últimos”, aquéllos que tradicionalmente se caracterizan por su no-saber, por su no-poder, por su no-tener...

181. Es el amor preferencial por los pobres, dentro de la opción por todos. Pues la experiencia nos dice que la “opción por los pobres” si no se sitúa dentro de la opción por todos, corre el riesgo de disolverse –como frecuentemente ha acontecido y acontece– en una opción ideologizada o en una ayuda simplemente material, que jamás llegará a ser esa afortunada y equilibrada combinación de evangelización y promoción humana.

El desafío de la solidaridad nos incluye a todos

182. Para que la cultura de la solidaridad llegue a todos los ambientes es indispensable insistir en la Fe en Jesucristo vivo y la puesta en práctica de su Palabra: “Ámense unos a otros como yo los he amado. Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: si se tienen amor unos a otros”.²⁰³

183. Necesitamos la formación de todos los agentes de pastoral: obispos, sacerdotes, consagrados y fieles laicos en la pastoral social y en la doctrina social de la Iglesia. Es especialmente urgente la misión imprescindible de los fieles laicos en la transformación de todas las realidades a la luz de Cristo.²⁰⁴

184. Recordemos que han de ser los pobres no sólo “objetos”, sino sujetos de su propio desarrollo. No podrá haber desarrollo significativo sin su decidida y activa participación. “Pasar de condiciones menos humanas a condiciones más humanas, privilegiando el ser sobre el tener, es requisito

indispensable para el Desarrollo[...] Todos debemos trabajar con responsabilidad en la generación del desarrollo que necesita nuestro pueblo”.205

La solidaridad es una tarea con historia en la Iglesia

185. “El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente [...] el cristiano que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad en los dos milenios pasados [...] es la hora de una nueva imaginación de la caridad que promueva no sólo la ayuda eficaz, sino la capacidad de hacernos cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante sino como un compartir fraterno”.206

186. El camino concreto para promover en nuestra Diócesis la respuesta adecuada al desafío de la solidaridad es que se haga realidad que “todas las comunidades, movimientos y organismos de la diócesis deben tener obras sociales de asistencia y promoción, privilegiando la organización de Cáritas. Todas las parroquias han de tener, junto con otros equipos, el equipo específico de Pastoral Social”.207 Destacamos la necesidad de la formación permanente de las comunidades, grupos, organismos, con especial participación en las Semanas Anuales de Pastoral Social.

La globalización de la solidaridad

187. En medio de una creciente globalización en la que los beneficios en el aspecto económico se concentran en pocas manos, el Papa Juan Pablo II nos recuerda que “con su doctrina social, la Iglesia ofrece una valiosa contribución a la problemática que presenta hoy la economía globalizada [...] la cual debe ser analizada a la luz de los principios de la justicia social, respetando la opción preferencial por los pobres. La Iglesia en América está llamada a crear una verdadera cultura globalizada de la Solidaridad”.208

188. La Caridad de Cristo nos urge. Ante la pobreza, los cristianos nos sentimos urgidos a una sincera conversión por la Palabra y la vida del Señor; así lo entendieron las primeras comunidades a través de la comunicación de bienes.209

La solidaridad es fruto de la comunión

189. Partiendo del Evangelio es como hemos de promover una cultura de la solidaridad que anime oportunas iniciativas: “La solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de Dios Uno y Trino, y en el Hijo de Dios encarnado y muerto por todos. Se expresa en el amor del cristiano que busca el bien de los otros, especialmente de los más necesitados”.210

El pecado rompe la solidaridad

190. La raíz y el origen de toda división que rompe la solidaridad es el pecado, que coloca al hombre en una situación dramática. Sólo la gracia de Nuestro Señor Jesucristo nos librá de estas fuerzas de la muerte.211

Espacios de solidaridad

La familia

191. La familia es un espacio privilegiado para fomentar la solidaridad. Merece una atención esmerada en este momento histórico porque “La Iglesia nos enseña que la familia es: Iglesia doméstica, donde se origina la primera experiencia de fe y se establecen las relaciones y experiencias fundamentales para la vida en sociedad. Allí surge el amor, elemento básico para darle sentido a la vida humana”.212

La parroquia

192. La Parroquia es el espacio en donde las acciones pastorales toman vida y se realizan, por eso: “Es preciso comprender la parroquia como la expresión de la comunión que viven las personas que creen y esperan en Cristo [...] es necesario redescubrir su sentido misionero [...] propiciando espacios y lugares de oración y meditación de la Palabra, encuentro y servicio fraterno. Sin esta red solidaria se seguirá acrecentando entre los fieles el vacío que suelen llenar los grupos proselitistas”.213

El trabajo

193. El trabajo no sólo es una dimensión de la actividad humana, sino que el ser humano crece trabajando, en él se desarrollan grandes valores como la responsabilidad, la amistad, el respeto, por eso: “es menester humanizar el trabajo, por lo que resulta inaplazable la reforma de las instituciones que lo protegen, de los grupos que representan tanto a los trabajadores como a los patrones, pues la injusticia laboral inhibe al trabajador”.214

Los pobres

194. Entre los pobres existen diversas formas de solidaridad; en muchos de ellos su corazón está lleno de humanidad y de fe, de servicialidad, por eso: “es necesario que los pobres, junto con toda la sociedad, pongan en práctica los medios legítimos para que de modo pacífico las causas estructurales de la pobreza disminuyan y desaparezcan. Con creatividad [...] los pobres deben buscar siempre modos efectivos de organización y promoción de sus derechos y de sus responsabilidades”.215

¡Caminemos con esperanza!

195. La Iglesia, como parte viva de la sociedad, habrá de redoblar esfuerzos para alentar y compartir los caminos que lleven a la construcción de un modelo de desarrollo sustentable en el que la globalización de la Solidaridad sea la tarea. “¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo”.216

Líneas de Acción Pastoral

25. Urge Promover la Cultura de la Solidaridad, en el Pueblo de Dios, mediante procesos educativos en los que aprendamos no sólo a repartir los excedentes, sino a compartir bienes y responsabilidades a favor de los más necesitados.

26. Establézcanse programas en cada parroquia para la formación de los Agentes en los que resalte:
a) la Fe en Jesucristo vivo y la práctica de su Palabra, b) la responsabilidad en el bien común c) y la caridad cristiana que nos lleve a la solidaridad.

27. Que la Comisión Diocesana de Pastoral Social difunda el Catecismo de Doctrina Social Cristiana, para iluminar y concientizar a los Agentes de pastoral, acerca de las exigencias y el verdadero sentido de la solidaridad cristiana.

28. Que cada Vicaría Episcopal promueva el Catecismo de Doctrina Social Cristiana y que el Decanato asegure los recursos suficientes para el conocimiento y reflexión del Catecismo de Doctrina Social.

29. Que en todas las comunidades, movimientos y organismos de la Diócesis cuenten con obras sociales de asistencia y promoción, privilegiando la organización de Cáritas. Todas las parroquias, han de tener, junto con otros equipos, el equipo específico de Pastoral Social.

30. Que en las vicarías episcopales, decanatos, parroquias, comisiones diocesanas se promueva la relación y el apoyo mutuo de los grupos apostólicos y se impulsen acciones comunes de solidaridad, y se apoyen proyectos y campañas tanto de organismos civiles como gubernamentales que animen programas a favor de los más necesitados o del cuidado del agua, la deforestación etc.

31. En el empeño pastoral con las familias, ofrecer elementos sólidos, para que la familia asuma su misión de educar a la solidaridad.

32. La pastoral del trabajo debe formar a los obreros en la solidaridad cristiana, haciéndoles conscientes de sus derechos y deberes.

33. Promover entre los pobres la búsqueda de modos efectivos de organización y promoción de sus derechos y de sus responsabilidades.

34. Los sacerdotes: vivir con austeridad, siendo testigos de la solidaridad e impulsar con ahínco y entusiasmo la cultura de la solidaridad.

35. Ayudar a que el Pueblo de Dios descubra y aprecie los signos de solidaridad que existen en la vida consagrada: vida comunitaria, pobreza, mística de servicio.

36. Los laicos: tienen la misión imprescindible de transformar la realidad y los ambientes a la luz de Cristo.

37. Incrementar una pastoral de atención a los empresarios, para que asuman su compromiso con la solidaridad cristiana a través del conocimiento de la doctrina social de la Iglesia.

38. Que la Liturgia eucarística promueva la comunión y la solidaridad de los que somos uno en Cristo y que con las ofrendas del pan y del vino se lleven las ofrendas para los pobres.